

GIL RIBEIRO

**UN INSPECTOR
EN FUSETA**

CRÍMENES EN EL ALGARVE

Traducción:
ANA GUEL BENZU



MAEVA | NOIR

PRIMER DÍA

ERA UNO DE ESOS días con un inicio tan prometedor que parece inevitable que algo salga mal. El termómetro marcaba veintiocho grados y el cielo estaba despejado sobre Faro. Y era 14 de septiembre. Ese fin de semana habían terminado las vacaciones escolares en Inglaterra, Alemania y Países Bajos, lo que reducía a la mitad el tráfico aéreo y vaciaba las playas del Algarve, la costa al sur de Portugal.

La luz de septiembre era distinta. Más suave.

Aquel día, al que algunos de los habitantes de Fuseta, un pueblecito pesquero al este del Algarve, llamarían «el miércoles negro» esa misma noche, una gran tristeza invadió la población. Pese a la tendencia de los portugueses al pesimismo, evidenciado en el hecho de crear un concepto propio para designar aquella melancolía nacional (la *saudade*), en Fuseta era especialmente intensa esa mañana. Era el día en que Rui Aviola abandonaba a los habitantes de la pequeña población pesquera durante un año.

Rui Aviola era policía de la GNR, la Guarda Nacional Republicana, algo que sonaba más importante y emocionante que prestar el servicio diario en la zona. La GNR era responsable de todas las nimiedades que ocurrían fuera de las poblaciones. Es decir, gatos y maridos que se habían escapado, según decían con sorna en los pasillos de la Policía Criminal de la Administración Central de Faro, donde se ocupaban de los gatos y maridos perdidos.

Sea como fuere, Rui Aviola se marchaba de prestado doce meses con los alemanes a Hamburgo gracias a un programa de intercambio. En esos doce meses podían pasar muchas cosas, en eso coincidían todos en el bar de Fuseta: tal vez moriría estando de servicio o, mucho peor, conocía allí a una alemana guapa, que en el pueblo imaginaban como un ser rubio y adinerado, se convertía en padre y se quedaba en Alemania.

—Eso se lo ha inventado algún funcionario de la Europol que estaba aburrido —aseguró Carlos Esteves, que estaba sentado en el asiento del copiloto del coche de policía mientras el sudor le caía por el cuello, y de ahí a la columna vertebral.

Carlos era subinspector de la Policía Judiciária, la Policía Criminal portuguesa. No se le notaba a simple vista: llevaba pantalones cortos, alpargatas y una camisa ancha de color azul cielo, y se había colocado unas Ray Ban de cristales finos en la media melena. Tenía treinta y ocho años, y era un tipo alto e imponente que evitaba, con gran éxito, tener que moverse rápido.

Carlos sorbió con la pajita de una Coca Cola Zero mientras la carretera en dirección al aeropuerto pasaba volando por su lado. Graciana Rosado, la delicada comisaria, conectó un momento la sirena porque delante de ellos una familia de turistas franceses iba de paseo con un decrepito Citroën. En el asiento trasero se apretujaban tres niños y un *golden retriever*. Graciana apretó el acelerador a fondo.

Carlos no conocía a nadie que conservara tanto la calma como su colega, pero cuando iba en su coche, un SUV Volvo oscuro, Graciana se convertía en una piloto de *rally*. Su novio João, el periodista, siempre se agarraba a la puerta, según había observado Carlos.

A Graciana Rosado, que se había recogido el cabello oscuro en una cola de caballo y, además de tejanos y camisa, llevaba una chaqueta fina para esconder el arma de servicio, le habían adjudicado por su complexión y metro sesenta y dos el apodo de

Piaf. A decir verdad, fue su mentor profesional Raul da Silva, de la comisaría I de Faro, porque, además de ser tan bajita, tenía una voz peculiar parecida a la de Edith Piaf, pero por desgracia carecía de su talento para cantar. Sin embargo, salvo Raul da Silva, los colegas solo usaban el apodo cuando Graciana Rosado no los oía.

—¿De verdad tuviste algo con Rui? —le preguntó Carlos.

Graciana lo escudriñó con la mirada. Fue solo un instante, porque estuvo a punto de chocar con una caravana holandesa.

—¿Estás de broma?

Al contrario que ella, Carlos no tenía pareja, no estaba con ninguna mujer, por lo menos «no siempre con la misma», como decía él. Abrió los brazos en un gesto de inocencia.

—No sería delito.

Graciana suspiró. No, eso era cierto, de hecho. En la época en que acababa de conocer a João, estuvo a punto de pasar. Fuera, en las dunas de Ria Fortuna, al atardecer. Solo con recordarlo sentía un escalofrío.

Rui Aviola parecía esculpido por el mismísimo Miguel Ángel. El cuerpo de aquel hombre era para desmayarse: los ojos azul marino, el rostro enmarcado en unos rizos morenos. Rui era el prototipo de hombre perfecto. Lucía esa enérgica naturalidad que lo diferenciaba de una belleza de pasarela. Y no se las daba de importante. En Fusetá era considerado el triple ideal: como amante, yerno y padre. Solo el brillo apagado de los ojos perjudicaba un poco la imagen en su conjunto.

Probablemente, aquella noche Gracia se habría dejado seducir en el bar Farol del puerto, situado en un edificio octogonal revestido de madera oscura con dos entradas, donde los clientes más nocturnos se sentaban fuera, incluso en diciembre, a contemplar los coloridos barcos de pescadores anclados a solo diez metros, en el pequeño muro del puerto, que se mecían con suavidad en el agua.

Ella había bebido un poco, Rui ya le había pedido dos o tres *medronhos*. Los frutos del madroño, que en el Algarve solo crecía más al norte, en el interior, los recogían los campesinos a mano y luego los destilaban para obtener un licor. En realidad, estaba prohibido destilar alcohol, pero en Portugal había una gran tradición, así que la GNR procuraba no entrometerse en esa actividad de los campesinos.

Los *medronhos* que Rui Aviola había pagado aquella noche lo hacían parecer aún más atractivo e irresistible, pero Carlos, a quien no se le escapaban las intenciones de Aviola ni el estado de Graciana, la agarró del brazo sin decir nada y la llevó a casa, que estaba a solo quinientos metros, en Virgílio Inglês n.º 5, una zona peatonal con los adoquines tan desgastados tras ochenta años de uso que los niños jugaban descalzos.

A veces, justo antes de que el sueño se apoderara del todo de ella, Graciana se lamentaba de que Carlos hubiera frustrado las intenciones de Rui esa noche.

—¡Rui! ¡Rui!

Unas mujeres que se sentían igual de jóvenes a los catorce como a los sesenta años se habían congregado junto a la entrada para despedir a Rui Aviola, que no había dejado que los colegas de la GNR lo llevaran al aeropuerto de Faro. Con unos tejanos estrechos y una camisa mal abrochada sobre el pecho bronceado, agarró el equipaje de mano de la cinta de control y les envió un beso con la mano. Graciana y Carlos, que habían ido un momento a buscar un bocadillo, estaban un poco apartados, pero también les dedicó un guiño antes de doblar la esquina y desaparecer. Durante todo un año. Eso era lo que duraba el programa de intercambio de Europol que les enviaba a Fuseta a un alemán de Hamburgo.

«El mejor hombre.» Aquel era el subtítulo del prospecto.

«Queremos aprender unos de otros. Compartamos a los mejores.»

Las malas lenguas decían que la promotora del programa, una tal señora Kiefer, de Europol, se había inventado la iniciativa para salvar su puesto, que por lo visto estaba a punto de sufrir recortes. Una medida de creación de empleo personalizada.

En todo caso, el programa llevaba seis meses en marcha. A Lisboa habían enviado a una comisaria muy activa de Hungría; a Oporto, a un colega de Edimburgo. Ahora le tocaba a Faro. Esperaban acabar con el escepticismo que suscitaba una autoridad policial europea justo en las unidades policiales que serían las primeras en sufrir las consecuencias de esa medida.

Y precisamente Rui se había prestado voluntario para el programa.

—¿Y por qué? —le había preguntado Carlos sacudiendo la cabeza—. Allí hace frío. Solo hay alemanes, seguramente será necesario poner un pañuelo encima del taburete de un bar para reservarlo.

—Puede ser —contestó Rui, al que se le había escapado la ironía de Carlos—, pero aquí, en Fuseta... Quiero irme. Ver otra cosa. ¿Sabes lo que es Reeperbahn?

—De oídas. Pero no te hace falta.

—Aquí todo me resulta demasiado monótono. En Faro no había ningún puesto libre. Y en Lisboa tampoco.

Tras la explicación de Rui, Carlos Esteves soltó un leve suspiro y evitó mirarlo a los ojos.

Su superior Raul da Silva, que solo contaba con tres comisarios, estaba entusiasmado con que el adonis de Fuseta se hubiera presentado voluntario: así podría endilgarle a los alemanes a un policía de provincias como comisario y evitar quedarse corto de personal en su propia casa.

Graciana Rosado también sabía la verdad que había tras los intentos fallidos de Rui de cambiar a la Policía Judiciária: Rui Aviola nunca daría la lata con un puesto de comisario. Era demasiado limitado para eso. Graciana había hablado del tema con

Agnes, la novia sueca de Rui, que se había quedado de mochilera en Fuseta y ya hacía seis años que trabajaba en el puerto. Agnes quería tener una cita con Rui.

—Agnes, Rui perdería al ajedrez contra una mesa.

—Lo sé —contestó Agnes—, pero no quiero acostarme con su cerebro.

Fuseta se quedaba doce meses sin Rui. El grupo de mujeres desconsoladas en el mostrador de salidas del aeropuerto se disolvió poco a poco. Carlos Esteves se metió el resto del bocadillo en la boca.

Graciana Rosado no pudo evitar sonreír al ver a su colega. Conocía a Carlos desde pequeña. Si hurgaba bien en la memoria, seguro que recordaba un sinfín de situaciones que había vivido con él, pero tendría que esforzarse mucho para encontrar alguna en la que no tuviera algo comestible en la mano.

—¿De qué te ríes?

—De nada. No pasa nada.

—Crees que como demasiado.

—No.

—Ya —gruñó Carlos, que echó un vistazo al panel indicador.

Carlos Esteves era un disfrutón al que le atraía un exquisito trozo de corvina (a poder ser con rodajas de piña asada) tanto como un cigarrillo de liar, y que se acaloraba en el estadio de fútbol con la misma entrega con la que vivía de corazón una puesta de sol en una duna y la recordaba para siempre. De vez en cuando, Graciana lo envidiaba por ello.

Carlos señaló con la cabeza el panel indicador. Graciana siguió su mirada: vuelo LH 2409 procedente de Hamburgo. *Arrived.*

—¿Y Lost?

Carlos, que le sacaba una cabeza entera, mostró un pedazo de papel un poco arrugado donde estaba escrito el nombre completo del nuevo colega de Alemania: Leander Lost.

No habían pensado mucho en su invitado hasta ese momento, solo hablaban de él como el *alemão*, el alemán. Eso no tenía nada que ver con su recibimiento: como todos los portugueses, estaban educados en una hospitalidad que en ocasiones rayaba en la abnegación, algo que aprovechaban con descaro los turistas más avispados.

Ya habían conocido alemanes en el Algarve en numerosas ocasiones. Muchas veces, los *alemães* preferían comer donde les dieran raciones generosas, y no donde hubiera buena comida, y eran parcos en propina y elogios. Los portugueses de las mesas vecinas miraban a otro lado avergonzados cuando estos comprobaban la cuenta en un restaurante.

Cuando los primeros turistas sin hijos que podían viajar fuera del período de vacaciones escolares salieron de la sala de recogida de equipajes, apareció un tipo larguirucho con traje oscuro, camisa blanca y corbata de piel estrecha. Llevaba el pelo moreno y abundante recortado al milímetro.

Leander Lost vio el papel que Carlos sujetaba delante de la barriga y se acercó a ellos, con tres maletas enormes y dos amplias bolsas portatrajes que empujaba amontonadas sobre un carrito de equipaje.

Lo primero que llamó la atención a la comisaria Graciana Rosado de Leander Lost fue que apenas parpadeaba.

—Dios mío, es un niño —murmuró Carlos Esteves.

—Tonterías, Carlos. Seguro que tiene treinta y tantos.

—Está pálido. Parece que tenga leucemia.

—Podrías ser un poco más amable.

—Estoy siendo un poco más amable.

—¿*Senhor* Lost?

—Sí.

Ella le dio la mano.

—Graciana Rosado, subinspectora de la Polícia Judiciária, este es mi colega, el *senhor* Carlos Esteves —añadió en inglés.

—*Olá.*

Carlos le estrechó la mano al alemán.

—*Olá*—contestó Leander Lost sin entusiasmo, pero con soltura. Parecía correcto.

Graciana Rosado tomó la carretera nacional N 125 al este desde Faro. Carlos y ella vivían en Fuseta. Tras varias idas y venidas, habían decidido alojar a Leander Lost en Villa Elias, una casita típica propiedad de los padres de Graciana que llevaba siete años vacía.

Carlos volvió a sentarse a su lado mientras mordisqueaba una brocheta de carne. Leander Lost se puso el cinturón en el asiento trasero y contemplaba el paisaje al pasar.

La inspección técnica alemana probablemente habría ordenado retirar la mayoría de vehículos con los que se encontraban. El ambiente era polvoriento a ambos lados de la carretera. El sol de mediodía acentuaba los colores de las casas, los carteles, las sillas de plástico delante de los barecitos donde había ancianos sentados, fumando y bebiendo cerveza. Cada pocos metros había unos grandes contenedores de basura con ruedas junto al borde de la carretera, y en las casas, la mayoría blancas y decoradas con colores azules, rojos o amarillos en los bordes y alrededor de las ventanas, se desconchaba el revoque, sustituido por un polvo oscuro que se agarraba con insistencia. Todo lo cubría un cielo del azul más intenso.

Leander Lost no se sentía a gusto. Allí era un forastero. No conocía a esa gente ni la zona. No conocía el país.

Por eso contó unas cuantas esquinas. Aquello lo calmaba. Desde que a los once años dio con ese remedio milagroso (contaba las esquinas de los palos de madera con los que lo zurraban los demás niños), había profesionalizado el recuento de esquinas. Un espacio cuadrado siempre tenía ocho esquinas. Una puerta que se ensamblaba en el marco tenía doce. El marco en sí, siempre que no estuviera empotrado en la pared, sino colocado

sobre el revoque, también doce. Las ventanas solían tener ocho esquinas (si contaba las del marco). Y un espacio normal con solo una puerta y una ventana contenía más de cuarenta esquinas. La cosa se ponía emocionante cuando estaba totalmente embaldosado.

Graciana Rosado observó a su pasajero por el retrovisor interior. Su gran baza, tanto profesional como personal, era la intuición. Notaba cuando alguien mentía. Se daba cuenta cuando algo no encajaba.

En su novio João todo encajaba. En el caso de Carlos también, pero a otro nivel.

Con los años, la intuición de Graciana se había convertido en una voz que solo ella oía. Le susurraba cuando alguien mentía. Y también cuando alguien decía la verdad. Aunque sus padres eran religiosos, Graciana suponía que tras esa capacidad no había ningún milagro cristiano, sino lo que en la actualidad se llamaba inteligencia emocional. Se había manifestado con João y también con Carlos. Pero con Leander Lost guardaba silencio.

—En realidad, habíamos alquilado un piso en Fuseta para usted, pero hemos tenido que cambiar de planes —aclaró Carlos Esteves en su inglés básico, y se volvió hacia el invitado alemán—. El bloque de pisos tenía dificultades con el suministro de agua. A cambio, se alojará en Alfansanga, está a tiro de piedra de Fuseta, a solo dos kilómetros. Es una casa, pero no muy grande, como mucho para una pareja. Idílica.

—Bien —contestó Leander en inglés.

—Enfrente hay un bar donde sirven raciones generosas.

Graciana le dio un codazo a Carlos.

—Le hemos llenado la nevera —añadió—, pero si quiere algo especial, podemos parar en el supermercado.

—¿Hay queso?

—Sí.

—Entonces no necesito nada más.

—Y hemos comprado cerveza —dijo Carlos—. Sagres.

—Son ustedes muy amables.

Se impuso el silencio durante un momento en el Volvo. Leander Lost había llegado a la esquina cincuenta y siete cuando Carlos se volvió de nuevo hacia él.

—¿Le gusta el fútbol?

—Sí.

Carlos sonrió: eso ya era algo.

—¿Qué le parece Cristiano Ronaldo?

—Es un futbolista buenísimo —dijo Leander Lost—, el mejor jugador del mundo.

Carlos se dio la vuelta.

—¿Lo dice en serio? ¿O solo quiere ser educado?

Leander Lost lo pensó un momento:

—Una cosa no quita la otra. Lo digo en serio y por educación.

Carlos sonrió satisfecho.

—Solo que es una lástima que juegue fuera de Portugal —añadió Leander—. Y llama la atención que hasta ahora la selección portuguesa siempre haya perdido, excepto en una ocasión, en la Copa de Europa.

A Carlos se le movieron de nuevo las comisuras de los labios. Se volvió hacia la carretera.

—¿Crees que dice lo que piensa? —preguntó Graciana en portugués.

—No lo sé. Es difícil saberlo. No parece que se ría mucho. Sí —confirmó Carlos—, tiene la cara como si se hubiera puesto bótox.

Graciana asintió.

—Casi sin arrugas.

—Además, te atraviesa con la mirada cuando te mira —dijo Carlos entre dos mordiscos.

—Tiene los ojos bonitos —continuó Graciana mientras adelantaba con demasiada calma a un camión en sentido contrario

y escapaban todos de milagro de un accidente mortal. Se dirigió a Lost en inglés—. Eran cosas nuestras, perdone por no haber hablado en inglés.

Lost asintió. Iba por las ciento veintiuna esquinás.

Se oyó el chisporroteo de la radio.

—¿Graciana?

Era la voz de Luís Dias. Debía de estar en algún sitio donde había interferencias con otra radio.

Luís Dias y Ana Gomes hacían el turno de mañana en la GNR aquella jornada. Estaban junto con otros cuatro colegas en un edificio de dos plantas de color rosa con ventanas con travesaños blancos en Moncarapacho, a unos cuatro kilómetros al norte de Fuseta, donde no había puesto de policía propio. Y la Policía Judiciária, a la que pertenecían Graciana y Carlos, solo tenía una sede en el Algarve: en Faro.

Carlos Esteves levantó el aparato de radio.

—Graciana está conduciendo. ¿Qué pasa, Luís?

Luís Dias y Ana Gomes eran de Moncarapacho, y no habían salido de Portugal en la vida.

Como todas las poblaciones «de segunda fila» del Algarve, las que no daban directamente a la costa atlántica, el pueblo de ocho mil habitantes estaba a merced del calor en la temporada de verano. Quien se lo podía permitir se construía una casa en el vasto paisaje de colinas en el extremo noroeste de la población. Allí arriba siempre soplabá una brisa suave y había todo lo necesario para vivir. Además, a Moncarapacho el turismo llegaba en su versión más leve: en forma de personas interesadas por el país y su gente.

—Tenemos un muerto.

—¿Dónde?

—En la isla del este. Estoy con Ana. Es *O Olho*. Parece que se haya caído.

—Acordonad la zona —ordenó Carlos.

Mientras la parte occidental del Algarve, desde Faro hasta Lagos, había sido invadida por los turistas y tiburones inmobiliarios, que, igual que una plaga de langostas bíblicas, habían dejado a finales del siglo xx descomunales complejos turísticos y cartas de restaurantes en inglés, español, holandés y alemán; el Algarve oriental, desde Faro hasta Tavira, se había librado de todo aquello. La laguna Ria Formosa, un parque nacional de sesenta kilómetros de largo frente a la costa, actuaba como un cordón de seguridad. Quien quisiera bañarse en el mar tenía que hacer primero un trayecto de diez minutos en uno de los pequeños transbordadores a una de las islas. Así, en la línea costera de Fuseta no había hoteles, ni ejércitos de parasoles, ni vendedores de helados, ni paseos marítimos, ni restaurantes con vistas al Atlántico, ni campos de golf regados con el agua que escaseaba. No, nada de ese horror había logrado entrar gracias a la Ria Formosa, excepto algún *camping*. En cambio, era el hogar de más de veinte mil aves.

—Ya lo han hecho —respondió Luís Dias—, el capitán De Avis ya ha notificado la expulsión de tres turistas. Aquí ya no queda nadie.

A Graciana y Carlos les salió un suspiro de los labios a la vez.

De Avis era capitán de la Autoridade Marítima Nacional, la guardia costera portuguesa. Prestaba servicio con el traje azul marino, camisa blanca y corbata azul oscura que los empleados de las autoridades solo se ponían en ocasiones oficiales. Escondía el pelo ralo bajo una gorra de visera blanca.

De Avis estaba firmemente convencido de ser descendiente directo de Dom Henrique de Avis, Enrique el Navegante, el hombre gracias al cual Portugal había ascendido a la liga de las potencias coloniales y mundiales, una grandeza que, sin embargo, se había desvanecido durante los últimos cuatrocientos años.

Los portugueses lamentaban esa pérdida tanto como el capitán De Avis la del pelo de la cabeza. De Avis hacía saber a todo el mundo que estaba destinado a algo más grande, y que solo

ocuparía el puesto de jefe de la guardia costera en el vecino Olhão hasta el momento inevitable en que el Parlamento de Lisboa admitiera su error y le adjudicara la dirección de la marina portuguesa.

—Vamos de camino. No toquéis nada. ¿La *doutora* Oliveira ya está al corriente? —preguntó Carlos.

—No estábamos seguros —contestó Luís Dias—, ha sido un accidente.

Carlos suspiró.

Graciana le quitó el aparato de radio de la mano.

—Luís.

—¿Sí?

El murmullo que se oía de fondo procedía del Atlántico.

—Llama a la *doutora* Oliveira, dile que vaya para allá. Consigue una sombrilla y protege a *O Olho* del sol. Hasta ahora.

Clic. Colgó el transistor antes de continuar en inglés:

—Tenemos que bajar a la costa. Han encontrado un cadáver. Antes le dejaremos en casa. Pasaré a verle más tarde, si le parece bien.

—No hace falta —contestó Leander Lost en portugués—, los acompaño. A fin de cuentas, a partir de ahora trabajaremos juntos. Creo que es justo que sepan que les entiendo cuando hablan en su lengua materna.

Graciana y Carlos se quedaron helados. Sin duda, hablaba con un fuerte acento alemán, pero, salvo algún que otro error, su portugués era impecable. Los dos comisarios notaron que un ardor provocado por la vergüenza les invadía las mejillas.

—*O Olho*, el ojo. No creo que ese sea el nombre de verdad —prosiguió Lost sin inmutarse.

Carlos se aclaró la garganta.

—Habla nuestro idioma. Eso..., eh... Es un alivio, claro.

—Pensé que mejoraría la comunicación. Por eso he aprendido lo imprescindible, para asegurarme de que cumplía los criterios del intercambio.

—Es admirable —reconoció Graciana, que señaló a la izquierda, donde entre una casa con las ventanas clavadas y un enorme cactus acababa un camino de arena en la carretera—. Es por ahí, a unos trescientos metros. Ahí está su nuevo hogar.

Lost asintió.

Para ser «lo imprescindible», pensó Carlos Esteves, el *alemão* ya sabía un montón de palabras.

Graciana hizo sonar un momento la sirena y el tráfico se abrió ante ella en la N 125 a izquierda y derecha como si Moisés hubiera dividido el mar Rojo. Lo atravesó a toda prisa con el coche y en un cruce giró a la derecha en dirección a Fuseta.

—Hemos dicho algo sobre su cara.

—Una cara como si llevara bótox —apuntó Leander—, lo ha dicho el *senhor* Esteves. ¿He pronunciado bien Esteves?

—Perfecto —contestó Carlos apurado.

—Ha sido una manera de expresar nuestro asombro ante su rostro juvenil —continuó Graciana.

—Ya. Entonces era una especie de... ¿broma?

Carlos suspiró aliviado.

—Sí, exacto. Una broma. Un... comentario jocoso.

—Un poco grosero —añadió Graciana, que dedicó al alemán una sonrisa amable.

Asintió y dibujó con la boca una sonrisa que resultaba rara, porque no se le reflejaba en los ojos.

—*O Olho* es un apodo —retomó Carlos la pregunta de buena gana para volver a un terreno menos resbaladizo—, el apodo de un hombre que trabajaba de detective privado en el Algarve.

Leander Lost se reclinó en el asiento, la inquietud interna se había evaporado.

Doscientas diecisiete esquinas.